
3 1761 09545320 5

LAS HETAIRAS SABIAS

Del mismo autor.

NOVELAS

Cuestión de ambiente.—Mors in Vita.—Frivolidad.—Los emigrantes.—A flor de piel. La vejez de Heliogábalo.—El horror de morir.—El momento crítico.—El monstruo.—Las hetairas sabias.

CUENTOS

Del huerto del pecado.—El pecado y la noche.—Oro, seda, sangre y sol.

NOVELAS CORTAS

Bohemia triste.—Mandrágora.—La torería.—La Reconquista.—Bestezuela de amor. La estocada de la tarde. La turbadora.—Memorias de un neurasténico.—Mi alma era cautiva.—Las Cortes de la Muerte.—San Sebastián Citerea.—La pantera vieja.—Los héroes de la Puerta del Sol.—La hora de la caída.—Los ladrones y el amor.—El martirio de San Sebastián.—La marquesa y el bandolero.—La primera de abono. Los toreros de invierno.—La paz del alma.—La procesión del Santo Entierro.—La zarpa de la esfinge. El hombre que vendió su cuerpo al diablo. El caso clínico.—El capricho de Estrella.—Estocadas y zapatetas.

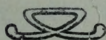
TEATRO

Una cosa es el amor...—Frivolidad.—Un alto en la vida errante.—El fantasma.

Antonio de Hoyos y Vinent

Las Hetairas Sabias

NOVELA



BIBLIOTECA HELIOS

Oficinas: Marqués de Urquijo, 12. | Talleres: Calle de Velarde, n.º 12.

MADRID.—1916.

I

Los jardines de Afrodita, en Alejandría.

CRUZARON la galería central del Palace Hotel camino de la rotonda. Delante iba Julito Calabrés, muy *chic*, muy *sport*, con un atavío casi de colegial, que realzaba sus treinta y un años, pero muy derecho, muy desdeñoso, muy seguro de sí mismo, con aquel aire impertinente que le hacía (según frase un tanto cursi de *monsieur* de Gaucani, un americano pálido y relamido, que se decía tocado de decadentismo y enamorado por ende de Paca Campanada) parecer el amo del hotel (¡!). Detrás Kind, el bambino alemán,

demasiado grande, demasiado brusco, con una *gaucherie* que sería de muy buen tono si no recordase tanto la cocina nativa. A ambos lados de la amplia galería unas damas, que sudaban bajo sus pieles en espera de la amiga espléndida que les pagase las dos pesetas del té, hacían, sin quererlo, la caricatura de la moda, mientras unos caballeros, que en lo elevado del diapasón de su voz denunciaban bien a las claras su nacionalidad española, discutían a grito herido y unos ingleses les miraban vagamente asombrados de que en un sitio público pudiese armarse aquel alboroto.

La rotonda era un desierto; un desierto con calefacción, con luz (demasiada luz, una luz indiscreta con los no muy hábiles maquillajes de las damas españolas), con mesitas para el té y con tzinganos, pero desierto al fin y al cabo. Y perdidos en él, como came-

llos supervivientes de tres caravanas, otros tantos grupos.

Con una ojeada abarcó Julito Calabrés la situación. A la izquierda, casi junto a la entrada del comedor, Clara Navacerrada y Nanita Díaz; a la derecha, Lola Churruca y María Pinzón, y en medio del *hall*, ocupando mucho espacio, haciéndose ver de todas partes, hablando a gritos, gesticulando, fumando pitillos de cuarenta y cinco, Paca Campanada con Chichita Paisaje y Nino Bard, pintor tocado de decadentismo a quien la guerra había expulsado de París y que recordaba por el gesto a esas figuras que se ven en los vasos etruscos.

Clara Navacerrada era una mujer de mundo, una persona *bien*, que había hecho locuras, pero *una persona bien*. La discreción elegante, el innato señorío, denunciábanle a la legua. Había querido vivir su vida y tenía una his-

toria turbulenta y atrabiliaria que llenó de escándalo a *sus* gentes veinte años antes. Habíase divorciado, amado con pasión, paseado un idilio por los lagos de Escocia y los canales de Venecia, bailado en un escenario entre la anatema y la curiosidad de la multitud; había deslumbrado con sus trenes y pasado el primer momento de locura, sentido el atroz vacío de aquella vida, la cruel amargura de las situaciones equívocas, la vacuidad, ni aun siquiera dorada, de tantas cosas que cuando era una buena burguesa, que vivía en su pisito principal de la calle del Barquillo, la parecían un paraíso vedado. Demasiado orgullosa sin embargo para confesarse vencida, seguía sonriendo, pero en su rostro marcábase un rictus de amargura que, como la sangre de las manos de lady Macbeth, todos los afeites del mundo no podían borrar. Bella aún, con esa belleza un poco dolorosa de las mujeres que

siguen siendo bellas *a pesar de todo*, guardaba de la hermosura que antaño hiciera de ella la estilizada imagen de gitana labrada en oro por un Benvenuto enamorado de la Venus egipcia, los restos, capaces aun de hacer bella a una mujer cualquiera. Era toda dorada; dorada la piel suave y transparente, dorado en un oro sombrío con reflejos de cobre el cabello y dorados los ojos hechos con dos luminosos topacios tallados en almendra. El velo de Chantilly negro, el traje obscuro, el recato elegante del gesto, todo guardaba con amores de relicario aquella belleza, defendiéndola de la crudeza de la luz y de la impertinencia de las miradas curiosas. En cuanto a Nanita era *chic*, *chic*, *chic*, como decía ella misma. Muy salada, muy *drôle*, con una gracia frágil de muñequilla, tenía un pueril encanto de monería con sus ojos azules de muñeca y sus pelos rubios. Divertida, alocada, y

triste también a veces, con posturas de maniquí burlesco que hacían resaltar exageradísimos modelos de Poiret y Bechoff David, a que ella daba una sencillez ingenua de colegiala, era la antítesis de Clara. Ahora mismo, y mientras dos caballeros, con la deferente galantería de dos viejos amigos, les hablaban inclinándose hacia ellas, contrastaban violentamente el hieratismo de Clara y la alocada movilidad de pájaro de Nanita.

Con el rabillo del ojo les contemplaba Julito. Aquéllas decididamente no le hacían el avío. En cuanto le cogiesen por su cuenta empezarían con literaturas, que en el fondo eran *la barbé*, y ya había para toda la tarde.

Paca Campanada, demasiado estrepitosa, excesivamente llamativa, con su gorro de estudiante rematado por inmensa pluma que parecía buscar el techo, su gabán de *sportsman* y su perenne cigarro, resultaba dema-

siado *voyante*, agravada ahora por la compañía de Chichita Paisaje que, pese a su corpulencia, realmente saludable, se empeñaba en ser un *bibelot* y desaparecía en una piel enorme, fastuosa, abracadabrante, que no dejaba ver más que una oreja con un brillante como una palmatoria y un sombrero *incroyable* en todos sentidos. Y como si esto aun fuese poco, ahí estaba Nino para remachar el clavo con su adaptación al traje masculino de no sé qué modelo del *Minaret*.

Decididamente de los tres grupos las que más le convenían eran la Churruca y María Pinzón. Aquéllas siquiera estaban *al natural*, sin mezcla de literaturas ni complicaciones bíblicas. Por lo menos, no daban gato por liebre; parecían lo que eran y nada más. Claro que los veinticinco años de éxitos de Lola no habían pasado en balde, y que aunque estaba muy guapa aún, más guapa en la altí-

sima gola de Pierrot y el puntiagudo capirote de terciopelo negro, que evocaba los que amablemente colocó la Santa Inquisición sobre las cabezas de las damas acusadas de brujería que paseó por las calles montadas en un burro, pese al maquillaje sabio y a los ojos vivos y juveniles, negros como dos manchas de tinta, veíase que se alejaba más de prisa de lo que ella quisiese de la juventud. Lola era más joven, más encogidita, con una belleza *muy japonesa,* realzada por la discreta elegancia que emanaba de toda su persona.

Julito no dudó ya. Aquéllas le convenían. Después de unas cuantas barbaridades amables se quedarían tan frescas, y él en disposición de fundir los tres grupos Y, maligno, sonreía ante la perspectiva del pisto. Clara, ¡tan artista! Chichita, ¡tan señora! Y las otras dos... ¡Las veces que él, en la feria del mundo, había hecho de aquellas mezcolanzas! To-

davía se reía sólo al recordar la cara de la marquesa del Solar de las Victorias, cuando, convidada a comer en el Ritz, de París, se encontró frente a frente con la reina Ranavalo, la Otero y, lo que para ella era peor, con aquella marquesa doña Rodríguez de Padilla, verdadera *bestia negra* de la sociedad madrileña. Pero urgía tomar una determinación. Clara, que al ver a Kind había sacudido su hieratismo, le llamaba discretamente, y por su parte Paca Campanada iba camino de escandalizar el hotel con gritos estentóreos y gestos incongruentes. Además, Kind, menos maquiavélico que su amigo, comenzaba a darse por aludido y le tiraba de la manga:

—Paca Campanada que te está llamando.

Julito, absolutamente decidido a no enterarse, no se enteraba de nada efectivamente, ni de los tirones de Kind, ni de los alaridos de

la Campanada, ni de las miradas hipnóticas de Clara Navacerrada, que a la vista de Kind había sentido fundirse su señorío como se funde un *glacier* a los primeros rayos de sol.

Como una flecha fuése a la mesa de las peripatéticas y cayó sobre ellas (es figura retórica) con absurdos aspavientos de sorpresa.

—¡Chiquillas! ¡Qué alegrón! ¡Si yo os creía en Barcelona!

—Pues aquí nos tienes. Esta—hablaba Lola Churruca señalando a su amiga—riñó con el conde y las dos nos vinimos aquí...

—A la caza del amable *michet*—interrumpió Julito.

Con gran calor protestaron las prójimas:

—¡Hijo, si no cae uno ni por casualidad!... ¡Los hombres están por las nubes!...

—Sí, sí; cuando una mujer pesca en Madrid un amante de dinero, ya puede decir que le ha venido Dios a ver—. Tras la frase un

poco irreverente, sentóse junto a ellas con la tranquilidad del que pensara pasarse la tarde allí.

Bien sabía lo que hacía; venía ya a su encuentro uno de los criados con encargo de Paca Campanada de llevarle allí vivo o muerto. Entonces se asombró. ¿Pero cómo estaba allí la marquesa de la Campanada? ¡Si no la había visto! ¡Qué aturdimiento el suyo! Volvióse a Kind lleno de santa indignación. ¿Pero cómo no le había avisado? ¿Dónde tenía los ojos?... En aquel momento tuvo una sorpresa agradable. Decididamente a Lola el alemanito no le parecía costal de paja. Con su imaginación calenturienta vió todo un drama: la Churruca, que había venido a buscar dinero, dándolo; Clara, desplomándose en la vejez como podría desplomarse la torre inclinada de Pisa (por lo antigua tenía ciertos puntos de semejanza)... nada, nada, allí

había un asunto de los que a él le servían luego para escribir aquellas novelas absurdas y atrabiliarias que la gente leía como podría leer la Biblia o el libro de los Vedas.

Con su prontitud habitual abarcó la situación. Hacíase más necesario que nunca fundir los tres grupos, y Julito, encarándose con sus amigas, propúsolas:

—¿Por qué no os venís a la mesa de Paca?

Aunque rabiando en el fondo por hacerlo, las otras objetaron tímidamente:

—No la conocemos.

Calabrés se horrorizó.

—¿Cómo, no conocéis a Paca Campanada?... Si es lo más *chuetté* que hay... Tiene una gracia... un *chic*... ¡Y todo esto con un corazón que es una casa de citas!

No pusieron las criaturas gran resistencia, y seguido de su cohorte aproximóse a la mesa de su amiga:

—Te presento a Lola Churruca y María Pinzón, dos damas que se encaminaban a Citerea, y que, con la guerra, se han quedado aquí... Kind, un amigo que no espera en la gruta como Endimión, sino que sale a buscarlas...

Sentáronse todos; Pacá Campanada empezó una conversación de esas que, si las nociones de moral de sus interlocutoras hubiesen sido menos rudimentarias, hubiesen calificado de *schoking*. Las prójimas hablaban poco y reían mucho, con esa risa bulliciosa que disimula la absurda cortedad de las personas que, muy corridas en el fondo, carecen de ese aplomo que hace a ciertos elegidos encontrarse siempre en su sitio; sobre todo María Pinzón, más joven y menos descarada, limitábase a reir, reir... En cuanto a Lola, si bien no hablaba mucho tampoco, con los ojos pícaros (ayudados por un pie

digno por su sabiduría de Merlín y por su tamaño de Cenicienta), sostenía un coloquio aretiniano con Fausto. Poco explícito no decía él gran cosa, pero las pocas y casi siempre con vistas a la *gaffe* que decía, hablábalas en un castellano chulesco que denunciaban su frecuentación a las academias de lenguas de los bailes de Provisiones, Panaderos, la Costanilla, a los merenderos de Juan, Niza y Lázaro y otros centros de cultura y de buen decir. Julito, de común tan parlanchín, callaba. Realmente se divertía demasiado para hablar (las grandes explosiones de júbilo son silenciosas), observando los preliminares de la tragedia.

De sobra conocía él los amores de Kind con Clara Navacerrada. Una tarde la dama-hetaira, en uno de aquellos interminables paseos que emprendía con la sana intención de conservar la línea, había visto a Kind sentado

en un banco de la Moncloa. Era tal el aire de abatimiento, de derrota física y moral, de abandono y de agotamiento del chiquillo, que el alma maternal (¡a su edad!...) de Clara sintióse invadida de una gran ternura. Entonces, con la osadía que le daba su familiarización con la vida, interrogóle afectuosamente: ¿Está usted malo? Kind alzó los ojos, las maravillosas pupilas verdes de joven trigre, hacia su interlocutora, y la Navacerrada quedó inmediatamente prisionera de su maligno sortilegio. El, a su vez, tuvo una sorpresa al ver a la mujer que así le interrogaba. Realmente, en el ambiente crepuscular que envolvía el viejo jardín que amaron María Luisa, la duquesa de Alba y Tadea Arias, la belleza dorada de Clara adquiría un gran encanto nostálgico. Como todo era viejo allí (viejos los laberintos de bojes, viejos los cipreses, las fontanas cantarinas y las mutiladas estatuas),

Clara parecía más joven. Su belleza de ámbar, de oro y cobre era como misteriosa evocación de una España que fué. Porque era infinitamente española, así, con los ojos un poco melancólicos, la cara enjuta, marchita ya, y el gesto entre cansado y desdeñoso de la boca. Fué una sensación tibia y agradable la que experimentó el chiquillo. En su alma de niño grande, hecho a las lides de amor, fué como un renacer primaveral, una alegría pueril. Con voz en que había desesperación, pero no hastío, contestó a la pregunta: ¡Qué me ha de pasar!... Que entre pegarme un tiro o venirme aquí... Hablaron. Clara lo comprendía todo; ella, que había tenido los mejores trenes de Buenos Aires y había danzado por un duro en un tablado de Nápoles, sabía largamente del vivir y no se asustaba de nada. El contaba la verdad a medias, callando lo que creía feo o deshonroso; estaba en Espa-

ña trabajando... la guerra... no había tenido dinero para volver a su patria... él... Clara suplía lo que faltaba allí; traducía la mentira a verdad, desentrañaba la aventura vulgar... lo que no adivinaba, tal vez por voluntaria ceguera, era la vida chulesca de su nuevo amigo, sus frecuentaciones absurdas, sus aventuras *muy Madrid*, a pesar de que las locuciones típicas debieran ponerla sobre alerta. Al fin, la Navacerrada comprendió que la misión altruísta acababa allí, y sacando del bolso de plata dos duros trató de deslizarlos en la mano del muchacho. Pero Kind, por una de esas vagas intuiciones de los aventureros, comprendió que había más provecho, y por ello y también por un súbito deseo de la hembra que así se le entregaba, rechazó el don.

Sin saber por qué ante la repulsa, la dama, en vez de seguir buenamente su camino, planteóse un caso de conciencia. ¿Cómo de-

jarle así? Con delicadeza trató de averiguar la verdad. El chiquillo no tenía ni dónde comer, ni dónde dormir. Y Clara tomó súbitamente una determinación. Con voz resuelta propuso: ¡Véngase usted a mi casa! Como no era cosa de cruzar Madrid a pie con aquella conquista, tomaron un simón que la Providencia, siempre amable, les proporcionó y dió sus señas. Ya en el coche Kind se propasó. Como cualquier chulo de la calle de Embajadores, estrechóla entre sus brazos, mientras murmuraba:—¿Quién te va a querer, negra?— Ella, sin resistir, le dió sus labios. Los primeros días fueron para la Navacerrada como si el destino apiadado le hubiese permitido volver a vivir las horas divinas de la juventud. Era una ilusión maravillosa en que la reverberación pasional fingía frescura y vigor que no existían ya, secundada por una voluntad de hierro que martirizaba im-

placable, aprovechando las horas del sueño del amado para luchar denodadamente, y envolviéndose en mil trucos de luz, de suaves velados, de posturas buscadas... Pero Clara no podía resistir aquello. La vejez cavaba profundas ojeras en torno de los ojos de topacio y el rictus de los labios era aún más cansado. Kind, una vez pasados los primeros días y habituado a la vida regalona, cansábase del forzado encierro y... ¡además Clara tenía amigos! Lo que el muchacho por sí no reparaba, hacíanselo observar los demás. La fatídica pata de gallo, la maceración dolorosa de las mejillas, el cansancio de los ojos, los párpados como dos marchitas hojas de rosa, todo, todo lo que constituía la decadencia de aquella belleza, los detalles que eran como las letras de aquella fatídica palabra *vejez*, iban poniéndoselo ante los ojos. Y por contraposición, Kind, elegantizado, afi-

nado por el trato y, sobre todo, con el encanto de pertenecer a otra, comenzó a ser un deseo para las mujeres, un compañero agradable de juergas para los hombres. Y dió principio el martirio de Clara. Fué una lucha breve en que, sin un momento de verdadero abandono, cuidando del gesto, de la postura, de la semiobscuridad propicia, robándose horas de sueño para que al despertar el amado la encontrase bella, juvenil, impecable, batalló bravamente. Julito conocía la tragedia; a veces Clara le hablaba, y al través de las altiveces del orgullo creía adivinar desfallecimientos de atroz amargura. Una palabra impregnada de tristeza, un imprevisto desgarramiento de la voz, un gesto más brusco o una súbita humedad que empañaba las pupilas fosforescentes, traicionaban la energía de la hembra. Entonces Julito, buen chico en el fondo, sentía la compasión invadirle, pero

pronto el *dilettantismo* literario podía más y era cruel con crueldad *científica* de cirujano ante la mesa de disección.

Clara, tras una breve discusión con Nanita, habíase alzado de su asiento y encaminábase al grupo central. Todos pusiéronse en pie, y después de los saludos de sorpresa, mezclados con admiraciones de Calabrés y chistes de Paca Campanada, tornaron a sentarse. Pero un hecho, al parecer insignificante, preludió el drama. Al ir a tomar asiento, la Navacerrada trató de quedar junto a su amor, pero Lola Churruca, maligna, comenzó con una serie de amables cortesías, que si bien parecían encaminadas a dejar mejor lugar a la recién llegada, dieron por resultado la intromisión de la Churruca entre los dos amantes.

La conversación hízose general. Paca contaba con desgaire la aventura de cierta pu-

dorosa dama inglesa que, sorprendida en su cuarto del hotel por la equivocación de un caballero que tomaba el lecho por el suyo, creyó más decoroso hacerse la dormida, y así, en aquel estado, casi cataléptico, sufrió todos los ultrajes. El tiempo corría, y mientras los otros, atentos a las historias, no poníán atención en ello, el coqueteo de Lola y Kind iba en *crescendo*, sin que el angustioso anhelo de Clara mereciera una claudicación por parte de los otros, que fuertes en el egoísmo de su juventud, seguían sin importarles el dolor que dejaban a su paso. Al fin sonó la hora de la partida. Paca Campanada, al ver el rostro devastado bajo la capa de afeites de Clara, murmuró al oído de Calabrés:

—¡Qué vieja está la Navacerrada!

Mientras, Lola, sin recatarse, se despedía de Kind.

—Hasta luego, ¿verdad?

Clara abordó a Fausto.

—¿Te parece bien?

La voz era infinitamente dolorosa en el esfuerzo de mundana por conservar el tono banal de una conversación indiferente. El se encogió de hombros:

—El qué, vamos a ver.

Secamente afirmó:

—Lo que has hecho con esa mujer.

—Estaba hablando de Barcelona. Supongo que no querrías que le hiciese una grosería.

—Hablar es una cosa—afirmó ella—y coquetear otra. Está enamorada de ti ..

Kind echóse a reir, satisfecho en el fondo.

—¡Justamente! Todas *chaladas* por mí. ¡Ponme un fanal!

La Navacerrada conminó:

—Te prohibo...

El alemanito hizo una mueca de desdén, y

con canallesca chulería envióla noramala:

—¡Anda y que te den dos duros!

Exasperada por la chocarrería, desdeñó ella:

—Me es igual, sabes... Sin necesidad de chulos tengo yo los hombres así, así—juntaba los dedos en racimo—, y no quiero aguantar groserías.

Irónico musitó:

—¡Azúcar!

—¡Así, oyes, así!—aseguró ella exaltada—. Todos los que quiero locos detrás de mí.

Con sorna, muy chulapa, interrogó:

—¿Qué les das, di?

Y Lola, tras él, murmuró no menos guasona:

—¡Asco!



II

La Sevigny, la Recamier y madame de Thermidor en casa de la Sthael.

En aquel ambiente, Clara estaba guapa. Era *su* ambiente, la escenografía hábilmente preparada para que destacara el españolismo un poco marchito de su persona. Además los colores magistralmente combinados, los muebles un poco teatrales propicios a las posturas estéticas y sobre todo la luz... ¡Ah, la sabia mesura de aquella claridad oculta tras la pantalla de los velones o en el fondo de los viejos incensarios litúrgicos, el

claro obscuro discretísimo, amable cómplice de afeites y pinturas!

El pisito era pequeño y moderno, lo que equivale a decir que bajo de techo y de proporciones más bien misérrimas en el corte de las habitaciones; pero Clara había acertado a darle carácter, un carácter noble y señorial que le hacía parecer una de esas cámaras que en los antiguos palacios madrileños sirven de enlace entre dos salones. Un desvaído damasco rojo prelado, resto de pretéritos esplendores, cubría los muros; dos sitiales Renacimiento, de roble tallado, daban guardia a un facistol sobre el que se abría una Biblia de la Edad Media prolijamente miniada por un monje artífice. En el muro, un tríptico de marfil con la pasión de Nuestro Señor. El resto de la estancia hallábase adornado con góticos arcones, labrados herrajes y un retrato de Clara. Era un retrato

maravilloso, algo que no sólo reproducía un trozo de vida, sino también un alma; pero un alma asombrosa de mujer, espejo de un pueblo y de una raza, bárbara epopeya de una decadencia. El fondo era tempestuoso, un cielo azul-gris y cárdeno que hacía pensar en el atroz bochorno de algunos crepúsculos estivales; al horizonte de un paisaje yermo, árido y hostil, hecho de ocres, de sienas y de negros, agobiada por un plafón muy bajo, cubierto de nubarrones sombríos destacábase una plaza de toros trazada con la grosera inexperiencia de los dibujos infantiles; hacia la plaza una caravana de gentes ebrias, manchadas de colorines y mezcladas en hórrida confusión de que sólo se destacaba una mano, unos labios o unos ojos negros, y sin embargo, tan llena de vida, tan vibrante, tan movida, que daba a maravilla la impresión del público dominguero, esa impresión que nos

repele y átrae en algunas pinturas de Goya; más allá, apenas visibles, desparramados por el campo, cosas incongruentes y turbadoras: una horca, un aquelarre, una fiesta flamenca... Y destacándose en primer término Clara Navacerrada vestida de española. Era convencional y era, sin embargo, infinitamente castiza. Lucía un traje—falda de campana y corpiño en pico—de gasa naranja, adornado de negros encajes de Chantilly. Negras también eran las caladas medias y negros los mitones, de que escapaban los dedos salvajemente enjoyados. Una de las manos jugaba con los encajes de la saya; la otra sostenía un abanico chino. De Almagro negro era la mantilla que envolvía en misteriosas sombras la frente, mientras toda la parte baja del rostro reverberaba como prodigiosa carátula de oro iluminada por misteriosa luz que en los ojos tenía reflejos de sagrado vellocino.

El aquelarre (como malignamente lo llamaba Paca Campanada), mientras la cortina de damasco que ocultaba la alcoba en veces, ahora de escenario para las danzas de Nino Bard, permanecía corrida, esperaba charlando en aquel saloncito. Aún no habían llegado *los bárbaros*, aquellos intrusos que, por diversas razones pertenecían a la pandilla, eran versos sueltos, pegotes o entrometidos a quienes sólo una afinidad momentánea ligaba a ellos, y, que más jóvenes, más ricos o más fuertes, no necesitaban abroquelarse contra el exterior tras los convencionales fanales del desdén, el desengaño, el cansancio o el refinamiento espiritual. Clara, en el fondo, los temía y los odiaba, aunque hacíales mil mimos y carantoñas, pues el nombre, el prestigio social y el arte eximio de Julito, los dibujos refinados de Nino y los blasones y talegas de Paca Campanada daban *un gran aire*. Eran

peligrosos porque en la brecha aún llamaban al pan pan, y al vino vino, y con su cinismo ponían en peligro las endebles bambalinas que hacían de los *ratés* genios desengañados y de las tertulias de vencidas y fracasados, cenáculos baudelairescos. Clara, infinitamente inteligente, veía a la perfección todo lo que había de doloroso y de grotesco en aquel mentiroso vivir, pero, ¿qué hacerle? ¿Ponerse en contacto con la vida? ¡Imposible! La vida era una cosa muy mala, y ante ella, la gran artista *no comprendida*, se llamaba crudamente una fracasada, la belleza extraña *de emperatriz legendaria* no era más que las ruínas de una mujer guapa, y el cenáculo, la torre de marfil, la celda, llamábase un pisito de ocho mil reales con cuatro trastos viejos. Y Clara, vencida, triste, vieja, sentía frío, mucho frío, ante la verdad atroz y prefería aceptar la mentira convencional.

Sabía que los artistas imberbes apenas adquiriesen nombradía, volarían para siempre; sabía que sólo una circunstancia fortuíta, un *flirt*, un devaneo o una curiosidad detenía allí a las gentes bullangueras y atrabiliarias... Unicamente sus amigas (y aun la misma Nanita no era cosa de fiar) le serían fieles y esas porque no tenían donde ir, porque eran incapaces de crearse una nueva y divina mixtificación.

Eran tres las tales amigas: Flavi Brocal, Lulú Castañaga y Clotilde Lorenzana. Flavi era una sentimental; italiana de origen, casó con Prudencio Brocal, bárbaro, grosero y borracho. La vida de la dama fué un martirio romántico adornado de peinados a lo Carlota de Werther, de batas fantásticas *muy Desdémona* y de arias de *Traviatas* y *Trovadores*. Hubo paseos a la luz de la luna y tiradas de versos de Heine o Bécquer... y un día su ma-

rido la encontró revolcándose por los suelos en brazos del asistente. Tras la correspondiente paliza vino la separación inevitable. Desde entonces la pobre Flavi, alma delicada y no comprendida, paseó sus tristezas, sus anhelos de ideal... y de asistente, por lo que ella llamaba el erial de su vida y que, a decir verdad, eran los tés baratos y los teatros por horas de Madrid. Lulú Castañaga era otro tipo de mujer incomprendida. Alta, un algo desgarbada, con una torpeza un poco varonil, de gesto que no desterraba del todo la gracia, con cara fea, pero de una fealdad graciosa, llena de simpatía cordial que recordaba esas caras de *apache*, de goma, que vendían en París antes de la guerra, su historia, por lo menos la primera parte de ella, era menos romántica, pero más limpia. *Muy hombrecito*, muy independiente, enamorada del *sport*, de la libertad, segura de sí misma, vivía con su

marido el cargante de Rufino Alcano como viven dos camaradas. Casta como una Diana, no era celosa, porque su insensibilidad, en que había mucho del cansancio producido por el amor a los ejercicios físicos, le hacía gracia de las evocaciones obscenas y no despertaba en ella la sensación morbosa de los celos físicos. Hasta que un día supo que su marido la engañaba. Decidida a acabar recobrando la libertad para siempre, decidió sorprender a los culpables. La escena grotesca y libertina fué atroz. Lulú recobró en ella su libertad sí, pero, en cambio, como por raro maleficio, perdió su limpieza espiritual y con el *je m'en fiche* por lema, comenzó una vida turbulenta a que la falta de metales preciosos redujo a los límites de la aventura vulgar. En cuanto a Clotilde Lorenzana, mucho más vieja que las otras dos, tenía esa untuosidad antipática de las personas que poseen vicios misterio-

sos. Físicamente ofrecía la apariencia de un retrato del siglo XVIII, un retrato un poco borroso y desvaído; moralmente una gran amargura, un no sé qué de escéptico y desencantado era la nota dominante de su espíritu. En su historia no había ni maridos celosos, ni maridos calaveras. Soltera, en otro tiempo rica y bella, habíase imaginado, por misterios de espiritismo, poseedora del alma de Safo, la poetisa griega. Un inoportuno exhibicionismo apoderóse de ella; creyóse llamada a imponer cosas absurdas y abominables, y comenzaron una serie de escándalos sensacionales. Al principio la gente rió benévola y todo aquello no fué sino un *chic* más; luego dieron en asustarse y llegaron las luchas, las murmuraciones, después los desvíos, los desaires, el vacío. Y Clotilde Lorenzana, llena de saña, de odios rabiosos, vivió la segunda parte de su vida.

Ellas tres, con Guzmán Carsilla, un poeta de versos esotéricos de que se reía el público y que ocultaba con sus melenas sus indumentas estrafalarias y sus *posés* de desdén el dolor de su fracaso, y con el conde de Cantuera, aristócrata arruinado, expulsado del Círculo por no sé que irregularidades en el juego, formaban el coro de los fieles.

El tenor de su conversar era siempre el mismo: en el fondo, un despecho amargo saturado de escepticismo; en la forma, un desdén demasiado crudo para ser verdad, de almas fuertes e incomprendidas. «Madrid era un asco... No había ambiente ni altura para mirar las cosas... El arte verdad, como las grandes iniciativas, no tenían espacio para sus vuelos de águila; sólo las aves de corral podían vivir... ¡Y qué estrechez de miras, de ideas, de costumbres!... La moral era una cosa miserable y ridícula, que servía a las al-

mas pusilámines, incapaces de nada verdaderamente grande, para acorralar a los que valían más, infinitamente más... Cuando una persona no tenía ni belleza, ni talento, ni *chic*, ni dinero, convertíase en censor... ¡y ya está todo dicho!... ¡París!... ¡Cuando acabase la guerra!... Allí había atmósfera para ellos... No en este asqueroso Madrid... En todas partes la gente lucha por triunfar; aquí se contentan con que no triunfen los demás. Subir ¿para qué? ¡Con tal de que no suban los otros!...»

—¿Queréis creer que ayer en el Ritz, Julita Morano, mi prima—comentó Clotilde—no se dignó saludarme? ¡Mirad dónde ha ido a refugiarse la moral!... ¡Una mujer que ha cambiado de amantes como de camisa!

Sonó el timbre. Pilar murmuró:

—¡Ya están ahí!

Guzmán Carsilla, entre despectivo y malévolo, ironizó:

—¡Ciro ante Jerusalén!

La mano de Carmina, *soubrette* injerta en fregatriz que sostenía con energías de atlante el peso de la casa, alzó el tapiz del siglo xv (falso, claro está), y penetraron las hordas de Ciro en la Jerusalén de treinta duros. Julito había comido en no sé qué Embajada y venía hecho un brazo de mar, con el pecho constelado de condecoraciones misteriosas, y traía a remolque a Kind, cazado con lazo; Paca Campanada, que a su vez, tocada de honorabilidad, había comido en casa de la duquesa de Rosalillos, su altiva y severa tía, mostraba el ombligo en una noble emulación del arte clásico, mientras que Chichita, que había devorado un suntuoso cocido en su propia casa, habíase puesto un traje, que si por su forma y colorido denunciaba la mano de los modistos que le vestían (¡sus enemigos!), por las pretensiones y cierto cariz de antigüedad

hacía pensar en las *toilettes* que se ponían las damas de doña Isabel II para visitar los sagrarios el Jueves Santo. En cuanto a Lola Churruca y María Pinzón, la una de terciopelo violeta, con rosas de púrpura y cataratas de perlas, la otra de glace marfil, con azucenas de nácar y esmeraldas admirables, estaban, como siempre, muy *chics*, muy elegantes, con esa elegancia acocotada de las americanas de París.

Clara Navacerrada, haciendo de tripas corazón, recibióles con grandes extremos de entusiasmo.

—Sólo a vosotros esperábamos para dar comienzo. Ya sabéis que esto es una cosa de arte, de arte puro...

Paca tuvo en la punta de la lengua una atrocidad muy gorda, inspirada en el arte puro, pero parecióle pronto para barbarizar y se contuvo.

Sentáronse como pudieron (mal) y...

El piano se quejaba. No sé si porque Grieg lo había querido así o si por lo mal que lo tocaba Rozalillo, un hombre feo, sarmentoso y triste, que con Clara hacía las veces de rodrigón; pero es indudable que el piano se quejaba.

Descorrióse la cortina de damasco carmesí con otro quejido que el vulgo ignaro llamaría chirrido (no muy agradable ni conforme con las leyes de la estética), apagóse la luz y, a la única claridad de una bombilla envuelta en un papel rojo, surgió un pie bastante grande, después una pierna flaca...

....

El buffet hubiese sido maravilloso si hubiera habido algo que comer. Desgraciadamente, Clara, mientras sus carnes redondeábanse de modo alarmante, sentía enflaquecer su bolsa y este aumento de adiposidades y dis-

minución de numerarios dábale una idea atrabiliaria de las materias alimenticias. Si la mesa, en armonía con el resto del comedor estaba lindísima, más que Lúculo o Trimalción parecía haber presidido su arreglo el doctor Tirteafuera. Sobre la tabla de viejo nogal que se entreveía al través de las mallas de un noble encaje español que hacía las veces de mantel, lucía la bárbara policromía de las lozas de Talavera. Desde el místico «Ave María» hasta el orgulloso «Soy de...» los lemas, divisas y salutaciones corrían entre festones de flores azules o amarillas y, algunas veces orlaban la piadosa imagen de castiza Virgen de popular devoción. Pero aunque el continente era el clásico, no así el contenido; ni suculentas migas con lomo, ni morcillas extremeñas, ni ricas magras, ni salpicón, ni escabeche, nada realmente substancioso. Sólamente en una fuente honda, naranjas dora-

das como frutos del jardín de las Hespérides recreaban la vista, si bien no habían merecido, a decir verdad, más que un comentario grosero de Kind: «Las naranjas no sirven más que para enfriar las tripas», y uno irónico de Julito. «¡No me decido por el método del doctor Pandolfi para adelgazar!» En jarras talavereñas, en vez del vinillo de Alcocer, de Arganda o Valdepeñas, un líquido amarillento y agrio hizo preguntar a Paca:

—¿Pero esto que es? ¿Agua Tofana, o lo que usaban los Borgias?

Julito fué contundente:

— . . . . .

—¡Cochino!—apostrofó la Campanada riendo con desgaire.

En el comedor (dos metros y medio en cuadro) agolpábanse los invitados con una vaga esperanza de ver algo alimenticio aunque fuese contemporáneo de los platos. En-

tre los más fervorosos estaba Nino Bard, a quien los saltos, piruetas y genuflexiones de la danza habían abierto un apetito voraz y que entretenía el hambre con un recrudimiento de narcisismo que le hacía interrogar a cada momento a Flavi (habíala escogido por interlocutora como a la más artista)—¡Se fijó usted en la inclinación del segundo tiempo cuando caigo roto!—Flavi no se había fijado en nada, a decir verdad. Julito Calabrés, más por sembrar una inquietud en su noble espíritu que por vicio, habíase pasado las tres danzas clavándola una rodilla en una nalga, y ella turbada, confusa, sentíase languidecer.

Mientras, Paca murmuraba *una burrada* y el poeta Sinano, hinchado como un pavo decía:

—En mi próxima oda a la danza...

Nino había bailado «el Mito de Atalanta», «la Lección del Centauro Quirón» con músi-

ca de Grieg y una «Serenata» de Albéniz. Después de luchar con Peleo en los juegos fúnebres celebrados en Tesalia en honor de Pelias, de galopar con el padre de los Centauros por los cinco metros escasos del salón de Clara y de cimbrearse en las notas de Albéniz, sudoroso, pintarrajeado y medio desnudo entre los pliegues de una gasa naranja en que se envolvía como pudiera envolverse en un mantón alfombrado, Nino se comía una ensaimada que había ocultado en un cajón la Navacerrada para su nada poético desayuno del día siguiente.

Con discreción relativa quejábase la gente de la sobriedad a que las ideas estéticas de la anfitrionisa les había condenado. Paca Campanada habló de ciertas judías estofadas de casa de la Concha y de no sé qué nefando proyecto de ir por allí a reponer fuerzas. Todos aceptaron con entusiasmo. Nino pisó en

la fuga la cola blanca de María Pinzón, dejándole la huella de un pie ensangrentado, que si Macbeth hubiese cometido un crimen con los pies hubiese podido atribuírsele, y en vista de que aquellos afeites sólo con éter podían quitarse y de que él no tenía éter a mano, sobre los mirtos de oro, los lutos y los laureles sagrados, plantóse una elástica de la calle de Toledo y unos calzoncillos a cuadros, y Kind murmuró satisfecho:

—¡Atiza!

Paca Campanada, como la más autorizada para las iniciativas, llevó la voz cantante, y encarándose con la Navacerrada, anunció con falsa compunción:

—¡Hija, vamos a tener el disgusto de dejarte! Figúrate que el pelmazo de Joseph Tabor nos había invitado a cenar en la Tangonina...

Clara vió el cielo abierto. Se largarían los

intrusos y, al fin, sola con Kind (sus amigas no le estorbaban para nada), podría tener la explicación que buscaba hacía tres días. Puso, sin embargo, cara de circunstancias:

—¡Cuánto lo siento! Yo contaba con que cenarais aquí y por eso os había preparado un refrigerio...

Julito, aprovechando que la dueña de la casa le volvía las espaldas, hizo ademán de buscar el hiperbólico refrigerio, que decididamente sólo vivía en la acalorada imaginación de la buena señora.

Empezaron las despedidas; pero al llegar a Kind, y como él también le tendiera la mano en ademán de adiós, Clara se sobresaltó.

—No. Tú te quedas un ratito, ¿verdad?

Hizo él un gesto de sentimiento.

—Lo lamento la mar, pero...

Con más energía de la que conviene a una señora a quien se le van los convidados por

falta de víveres, formuló ella, en un tono que igual podía ser orden que súplica:

—¡Te quedas!..

Él se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que no puede ser.

Insistió, airada, perdidos los estribos:

—¡Pues no te vas!

Rió despectivo.

—¿Dónde me has *comprao*, di, negra?

La ironía cruel de aquellas palabras flageló el orgullo de Clara.

—¡En ninguna parte; pero no te vas porque no me da la gana!

Con chulería murmuró él:

—¡Me acuesto a las ocho!—Y dió un paso hacia la puerta.

Olvidada de toda continencia, la Navacerrada conminó:

—¡Si te vas ahora ya puedes borrar esta calle del plano de Madrid!

Hizo un gesto indefinible de indiferencia:

—¡Azúcar!

Cada vez más rabiosa, más exasperada, repitió:

—¡Puedes olvidarte hasta del santo de mi nombre!

Los otros se impacientaban. Julito asomó la nariz por detrás del tapiz del siglo XV.

—¿Vienes o no?

Kind apresuróse.

—Voy.

Clara tuvo aun un gesto desesperado para impedir la marcha de su amante; pero, en la puerta, junto al rostro de Calabrés, apareció la cara de pierrot burlón de Lola Churruca, y en un despertar de orgullo le dejó marchar.



III

En que la bella Helena rapta a Paris.

La maceración espiritual había demacrado el rostro de Clara Navacerrada y transformado el oro pálido en amarilla cera. Y en la máscara trágica en que había oquedades grises, en el negro socavado de las ojeras, brillaban calenturientos los ojos de topacio como dos llamas que diesen sus últimos resplandores. Con una sonrisa de agonía escuchaba el chisme que, cual envenenado puñal, había clavado y removía en la herida la marquesa viuda de Torre Caballeros.

Era la tal una de esas arruinadas seudo

aristócratas, que si bien nunca desempeñaron primeros papeles en la comedia social, hicieron de comparsas, y algunas veces, por circunstancias fortuítas, destacáronse vagamente de la masa que frecuenta los grandes bailes de Palacio, el Real y alguna fiesta mundana. Con todos los defectos de la aris tocracia, y sin ninguna de sus virtudes, envidiosa, intriganta, chismosa y embrolladora, al caer del menguado pedestal, y ya en los horrores de aquella vejez sin dinero, sin respetos y sin honorabilidad, arrastraba esa existencia misérrima de ex dama del mundo, liosa, trapisondista, sablista y malévola, con vistas a la tercerfa. Incapaz de preferir una soledad decorosa a los fáciles goces de la vida, repudiada por los suyos, flotaba en ese mundo ambiguo de descalificados, recien venidos y gentes con tacha. Aquella mañana al despertarse sintiera, sin saber el por qué, la

comezón de sembrar cizaña, de inquietar a alguien, y como la historia que Julito Calabrés le había contado la noche antes a la salida del teatro en la chocolatería de doña Mariquita no era cosa banal, y a Clara Navacerrada no la podía ver ni pintada (por otra parte, el único modo posible de verla), se plantó el manto, y, después de oir su misita con muchísima devoción, colóse en la guarida de su amiga.

—Pues sí—afirmó con una falsa compunción, torpe encubridora del júbilo maligno que respiraba por todos los poros—, esta tarde se larga Lola Churruca a Barcelona, y pásmate, ¡se lleva con ella un chico alemán que no tiene más que el día y la noche por delante, y que tiene (en el nombre del Padre...) diez y ocho años!... Claro, como la pobre Lola está tan vieja, le gustan los niños... ¡Parecerá su ama!...

Clara no hablaba, no decía nada, sonreía siempre con la misma sonrisa de agonizante que crispaba los labios blancos. Sentíase morir; segura de, a la primera palabra, ver derrumbarse su fortaleza en llanto, obstinábase en un hermetismo más amargo que totos los lamentos.

La otra, un poco desconcertada por aquel silencio tan diferente de los apóstrofes que ello se esperaba, e incapaz, por otra parte, de adivinar la altivez espiritual de su amiga, temía haber fallado el golpe y desconsolada callóse.

Clara, por fin, halló en no sé qué recóndito rincón de su espíritu una energía nueva, y con voz muy lenta, muy pausada, habló así:

—Tienes razón; hace mal Lola en cargar con un chiquillo. De esos amoríos tan desiguales sólo penas pueden venir... pero, qui-

zá que las horas de felicidad que viva ahora la compensen de muchas tristezas. El perfume de la dicha que fué es algunas veces la mayor dicha que nos queda.

La marquesa tornóse aún más cruel.

—¡Es tan vieja, que ya poco le puede durar!

Clara, con su dignidad dolorosa, hizo fallar al innoble golpe de su amiga, aceptando con altiva resignación.

—Es mucha verdad. Debemos resignarnos a envejecer a tiempo; es más digno y es más señor... ¡Pero es tan difícil!

La traidora se hacía cruces interiormente. ¡Grandísima bribona, y cómo disimulaba!... ¡Sí, sí!... ¡A otro perro con ese hueso! Ella estaba al cabo de la calle y sabía por dónde andaba la procesión... Ahora vería el pendonazo de Clara. Y con inocencia paridisíaca interrogó:

—¿Tú conoces al chico?

Al menos, en apariencia, la puñalada dió esta vez también en el vacío. La Navacerrada, con la mayor naturalidad, aseguró:

—Muchísimo; si hasta creo que fuí yo la que se lo presenté.

¡Nada! La Torre Caballeros estaba pasmada. Realmente había fracasado en el papel de Yago, y, o ella lo hacía mal, o la bribona de Clara era más fuerte de lo que parecía. Como allí no le quedaba ya nada que hacer, y por otra parte era cosa de ir pensando en almorzar de gorra y con los recursos alimenticios de su fustrada víctima no había ni contar, decidió levantar el sitio y dirigirse a otras plazas guerreras mejor abastecidas (símil de circunstancias).

—¡Hija, te dejo, ya que he tenido el gusto de charlar un rato!

Clara sonrió amabilísima.

—¡Mujer, el gustazo ha sido el mío! Cuando quieras te vienes a almorzar...

¡Sí, sí; en eso estaba pensando la marquesa! Para ayunos ya tenía bastante con su casa.

No bien desapareció la intrusa, Clara Navacerrada sintió venirse abajo su falsa fortaleza. ¡Era preciso evitarlo a toda costa! Si Kind se iba, con él partirían las últimas ilusiones, que sabía no volverían más; partirían la juventud, la belleza, la alegría... Había puesto demasiado entusiasmo en aquel tardío amor, y era demasiado inteligente para poder creer en una reedificación de su vida. No; si el chiquillo se marchaba, Clara de antemano se sentía vencida para siempre. Ni más esperanzas, ni más ilusiones...

Una nerviosidad aguda se apoderó de ella; reía y lloraba, retorcíase las manos e iba de un lado para otro. ¡Pronto, pronto; un velo,

un manto, un trajecillo de mañana y correr a casa de su amante a impedir, fuese como fuese, costase lo que costase, su fuga! Rápida se precipitó en su alcoba; un espejo la detuvo. ¿Así?... No; era contraproducente precipitarse. En la azogada luna veía el rostro devastado, las mejillas marchitas, los ojos hundidos en negros cuencos, los labios secos, pálidos y resquebrajados... No, no. Así, Kind la rechazaría con un gesto de desdén conmiserativo. Era preciso estar guapa, muy guapa, más guapa que Lola Churruca para poder batirla victoriosamente.

Entonces empezó la escena trágica y grotesca, dolorosa y ridícula, risible, amarga como el ajenjo. Ante el espejo de su tocador diez veces rehizo el maquillaje y diez veces las lágrimas los deshicieron y otras tantas lo volvió a empezar. Era preciso ser fuerte,

fuerte, fuerte. Y al conjuro de los afeites surgieron las mejillas tersas, tenuamente doradas, los labios como dos trazos de coral, el sombreado poéticamente azul de los ojos... Después, las crenchas de cobre sedosas y espesas quedaron recogidas con artificiosa dejadez por una discreta peineta de concha, un velo tendió su tenue y benévolo cendal sobre la obra de arte, y Clara, al verse así en el espejo, sonrió. Aun estaba guapa, aun podía competir y hasta aventajar a su rival. Dirigióse a la puerta y otra vez se detuvo. Ya en el despeñadero de las cobardías, de las vergüenzas y de las abdicaciónes, pensó: «es preciso llevar dinero». Kind no era un alma poética y sentimental; un oportuno convite, unos duros deslizados prudentemente en la mano del chiquillo, podían detener muchas catástrofes. Fué al cajón de su tocador; allí no había más que treinta y seis duros (lo

que le quedaba para vivir todo el mes), pero ¡bah! con eso había para vivir dos o tres días y luego... Luego tenía sus solitarios y el hilo de perlas, que mal vendido, siempre valdrían veinte mil pesetas, que representaban seis meses de idilio... Metió el dinero en su saquito de mano y más esperanzada salió.

....

Ante el portal negro, húmedo y maloliente de la miserable casa de huéspedes, habitada por su amante, la Navacerrada, sintió una súbita repulsa. La vida así era demasiado cruda, rechazaba con demasiada violencia todo sentimentalismo, toda noble poesía, hacía imposible con exceso el ensueño, y Clara experimentaba una violencia náusea moral. Por un momento, una idea atroz sublevó su dignidad, «¡qué bajo he venido a caer!» Fué tan rudo el choque, tan impíamente descarnada la visión, que vaciló un

segundo y estuvo a punto de volverse atrás. Pero su amor pudo más que todo, y ante la idea de perder a Kind para siempre, entró.

Era el inmueble una de esas casas viejas de la calle de Jacometrezo, que para bien de Madrid las obras modernas van haciendo desaparecer. Después del portal obscurísimo, largo y estrecho como un pasillo, encontrábase una pina escalera de madera con peldaños altos, menguados, desiguales y crujientes. Olía allí a vivienda de pobre, ese olor genérico a coles cocidas, a lugares faltos de ventilación, de limpieza dudosa, olor a miseria que causa una sensación de angustia opresora, una impresión de malestar casi cardíaco. Completando la tristeza *física* del lugar, reinaba una semiobscuridad crepuscular, pues aunque apenas mediaba un día hermosísimo de sol, la luz que trabajosamente se filtraba por las vidrieras sucias y rotas, sus-

tituídas a veces por aceitosos papeles, desde el lúgubre patizuelo de vecindad no daba para más. Valerosamente emprendió la esforzada dama la subida; de vez en cuando deteníase jadeante, pero los rótulos indecentes y las pinturas obscenas con que los chulillos habían enriquecido los desconchados muros, la hacían seguir con una mueca de repugnancia. Al fin arribó al tercer piso, y ante la puerta de cuarterones pintada de gris se detuvo con el mismo temor con que la octava mujer de Barba Azul hiciéralo ante la puerta del cuarto prohibido. Al fin, con un esfuerzo de voluntad, tiró del mugriento cordón que hacía las veces de campanilla, y en las profundidades de la casa sonó un repiqueteo agudo, chillón. Pasaron unos minutos y entonces oyéronse sordos pasos como de persona que anda en zapatillas de lana, acompañados de gruñidos y misteriosas impreca-

ciones; descorrióse el ventanillo y Clara sintió el malestar de unos ojos furiosos que le examinaban con curiosidad asombrada. Tras este trámite, más de fórmula que de otra cosa, abrióse la puerta y apareció una mujerona sucia, desgreñada, con ojos de asustada lechuza y ubres bovinas que pendían flácidas bajo la blusa de percal gris. Al ver a la elegante dama que se les entraba así por las puertas, la arpía empezó a lanzar gritos estridentes como si fuesen a ahorcarla:

—¡Doña Sinforiana! ¡Doña Sinforiana!... ¡Que aquí hay una señora que pregunta por usted!

La Navacerrada, llena de horror ante el estrépito que rompía su incógnito, trató de atajarla:

—No, no; si no es a esa señora a quien deseo ver. Es... a don Fausto Schneider.

—¿*Al* Fausto?... Y el cancerbero comen-

zó a mirarla con menos respeto, y, en cambio, con más curiosidad ésta, irónica y llena de impertinencia.—¿*Al* Fausto?...

Clara tembló ante lo que ella interpretaba como vacilación. ¿Se habría ído ya?... ¿Estaría con otra mujer?...

Pero tras el examen la esfinge abrió la boca negra y mellada para formular:

—¡Pues durmiendo lo tiene!... Las ocho y media dadas cuando *s'acostao;* pero le llamaré al *indino*...

La Navacerrada atajó:

—No hace falta; con que me enseñe cuál es el cuarto, basta.

Echó la fámula pasillo adelante y la enamorada la siguió como Dante a Virgilio al través de los círculos infernales. La casa debía despertarse entonces, por cuanto se oían por todas partes gritos, insultos, maldiciones, disputas. Una voz soñolienta reclamaba

«mi jabón»; otra apostrofaba, con florilegio nada amable, a un perezoso; otra repetía hasta el infinito, con fervorosa convicción: «¡Cochino! ¡Cochino! ¡Cochino! ¡Cochino!», entre el concierto, no muy clásico que digamos, Clara creyó oir a su Ariadna murmurar: «¡Habrase visto tío ladrón! Ayer una traviatona..., hoy otra...»

El olor a miseria agravábase, y la Navacerrada, oprimida por un malestar imposible, sentíase mal. Al fin, la mujerota paróse ante una puerta al fondo del pasillo, y, abriéndola, anunció a la visitante:

—¡Aquí es!

Después encaróse con el durmiente y anunció:

—¡Fausto, eh, usted, Fausto, que aquí *tiê* visita!

Ya sola la Navacerrada, fué al balcón y abrió las maderas. Una luz tristona, gris, fría,

iluminó el desorden que reinaba en el zaquizamí con honores de alcoba. Una atmósfera densa, llena de humo de tabaco, hacía aún más sombrío el cuadro de pobretería y abandono. Sobre el papel marrón con floripondios dorados que cubría las paredes, veíanse cromos taurinos o amorosos sujetos con alfileres; mezclados con ellos algunos retratos de mujeres con el tipo característico de esas señoritas que pululan en los tiros al blanco, las rifas de café y los bailes *de sociedad*. Los muebles eran pocos, feos y desordenados: un lavabo en cuya palangana vacía veíase una bota rota y sin tacón; una silla, sobre la que yacían ropas en desorden; la mesilla de noche, donde, revueltos con colillas y cigarrillos, veíase un novelón manchado y roto, con algunas páginas arrancadas, y un número de la *Hoja de Parra;* y el lecho estrecho, desordenado, se-

micubierto por un gabán. Allí dormía Kind.

Clara acercóse a él, contemplóle un momento con apasionada y melancólica ternura, luego llamó suavemente:

—¡Kind! ¡Kind!

Abrió él los ojos con trabajo, desperezóse y, medio dormido aún, con las pupilas asombradas, interrogó:

—¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Qué pasa?...

Era el despertar del chiquillo uno de esos bárbaros despertar de la gente muy joven o muy primitiva que viven vida infinitamente cercana de la Naturaleza, que no tienen que pensar, ni en la bella postura, ni en el bello gesto, ni que preocuparse de maquillajes sabios, ni de efectos de luz, que gustan inconscientemente porque la Naturaleza lo quiere así; amaneceres separados por el mayor abismo que existe, el abismo de los años, de las mañanas de los viejos tenorios y de las hetai-

ras provectas. Era un despertar grosero y lleno, sin embargo, de un encanto bruto, el despertar de una bestezuela perezosa que se durmió ahíta de carne y de placer, un despertar de bostezos interminables, de desperezos voluptuosos, de gestos quebrados que conservaban, pese a su brusquedad incoherente, la euritmia de las cosas primitivas.

Clara, muy civilizada, muy lejana de todo aquello, contemplábale con fervorosa pasión, con un vago deseo de olvidarlo todo para reposar en sus brazos y volver a vivir las horas divinas, esas horas en que, martirizada por el insomnio, el cruel castigo de los seres demasiado civilizados, no se atrevía a removerse por miedo a despertarle rompiendo la cadena de alados sueños que hacían sonreir su adorado.

Al fin, ya más desvelado, dióse cuenta él de lo anómalo de la situación e interrogó:

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres, di?

Ante lo brusco de la interrogación, pero sobre todo ante un vago dejo de impaciencia que creyó adivinar en ella, Clara olvidó sus sabios planes de disimulo, la habilidad diplomática indicada para vencer y encadenar al presunto prófugo, y no encontró más que unas palabras que reflejaban la verdad, porque reflejaban las angustias y anhelos de su pobre espíritu:

—¿Es cierto que te vas, Kind, es cierto?

Encogióse él de hombros desdeñosamente:

—¡Pues claro que es verdad!... ¿Y por qué no me había de ir?

La Navacerrada, tan sabia, tan doctora, tan con puntos y ribetes de literata, no encontró ninguna de las sutiles razones pensadas de antemano para defender su pleito y sí tan sólo una súplica desesperada, llena de ansiedad:

—¡Kind, Kind, niño mío, vida mía, no te vayas, no me dejes! ¡Ten misericordia de mí! ¡Ten compasión! Piensa que para mí ya no hay sino tú en el mundo, que, sin tu cariño, sin tu amor, no puedo vivir—prosiguió con voz desgarrada mientras sus manos crispadas se unían en un gesto de súplica desesperada.

Kind tornó a encogerse de hombros, y a los nobles y altisonantes conceptos, contestó con palabras acres impregnadas de mercantilismo amoroso que desgarraban como cuchillos las entrañas de la infortunada.

—¡El hambre es negra y lo que es con tu amor no se come!... ¡Mira qué pelo estoy echando! ¡Vaya un cuartito que tengo, eh! ¡Pues así y todo, las cochinas tres pesetas del hospedaje están sin pagar, y, si para el lunes no he apoquinado las veintiuna pesetas de la semana, a la calle!

En el anhelo de llevar pronto un convencimiento a su espíritu, en el loco deseo de vencerle y volverle a ella, Clara descendió con excesiva rapidez a las prosas de la vida:

—Yo te daré para que pagues. Aquí tengo unos duros que acabo de cobrar...

El hizo un ademán de indiferencia.

—Claro, y la semana que viene vuelta a empezar.

Vió la enamorada en aquellas palabras un rayo de luz.

—¡No, no! Buscaremos una casa mejor, más cara que ésta y te arreglaremos un cuartito alegre, coquetón... o mejor nos vamos a Andalucía unos meses...

Interrumpióla en tan optimistas proyectos:

—Y el dinero en el Banco de España, ¿verdad?... ¡Tú, que no puedes contigo misma, vas a cargar conmigo!... ¿De dónde vas a sacarlo, di?

Triunfante aseguró Clara Navacerrada:

—Tengo mis perlas, mis brillantes y siempre darán por ellos veinticinco mil pesetas... Y creyendo con loca esperanza la partida ganada: ¿Quieres, chiquillo, di?

Pero Kind movió la cabeza negativamente.

—No puede ser. Tú misma me has dicho muchas veces que unos miles de pesetas no son nada; que tú, en tus tiempos, gastabas quince o veinte mil duros al mes... Con eso, por muy buena voluntad que pongamos, tendremos para cinco o seis meses ¿y luego?...

Revolvióse contra la sentencia.

—Y con Lola Churruca dime, ¿para cuánto tiempo tienes?... Lola es vieja y dentro de unos años, muy pocos ¡se acabó!

—¿Unos años?— rió Kind—. Dentro de unos años ya habré yo encontrado salida.

Clara buscó inútilmente nuevas razones; su cerebro se vaciaba y en cambio su corazón

se henchía, desbordaba dolor en olas de amargura que lo invadían todo. Al fin no pudo más y desplomóse sobre el lecho sollozante.

—¡Kind, Kind, amor mío, gloria mía, no te vayas, no me dejes así!

El chiquillo no era malo, y ante aquella pena sintió que su voluntad flaqueaba, que iba a ceder y refugióse en el baluarte de todos los débiles. Con un gesto brusco la rechazó mientras sus labios murmuraban:

—¡Déjame en paz! ¡Estoy harto de escenas! Luego volvióle la espalda y aparentó dormir.

Ella imploró:

—¡Nene, nene, Kind, mi cielo, no me dejes!

Como no obtuviese respuesta esperó aún. Al fin halló en no sé qué recóndito rincón de su alma un resto de orgullo y silenciosamente encaminóse a la puerta. En ella detúvose y

sus labios murmuraron con una desesperada ilusión:

—¡Adiós!

Tampoco obtuvo respuesta y entonces, vencida, salió.

....

Ya en la calle trató de coordinar sus ideas. Las fuerzas le faltaban por momentos y veía llegar aquel en que, como una miserable trotacalles, sentaríase en el quicio de una puerta a llorar. Hacíase preciso encontrar un coche; entonces notó la falta del saco de mano en que había guardado el dinero. Lo había dejado arriba. Subir a buscarlo, nunca; sería ridículo, vergonzoso, después del rompimiento, retornar en busca de unos duros. Su innato señorío sublevábase ante la idea de todo lo que eran miserias y porquerías. Volvería a pie.

Lentamente emprendió la caminata. Aunque en pleno invierno, el día tenía la magia

dorada de los primeros del otoño. Gentes abigarradas circulaban presurosas por la calle; comadres de la vecindad formaban corrillos, y rapaces sucios, impertinentes, jugaban en medio del arroyo. Clara metióse por unos callejones huyendo de posibles encuentros. Caminaba como una sonámbula en un esfuerzo absurdo que le daba inquietantes rigideces de autómata. Sentía la sensación absoluta de vacío interior, un vacío misterioso y negro que, de vez en cuando, cruzaban ráfagas tormentosas de ira o pena. No se daba aún cuenta exacta de lo sucedido; tan sólo experimentaba la impresión de que algo se había roto en ella, de que el frío de la vejez y de la muerte corría por sus venas. Así como hay mujeres que envejecen en una crisis de fiebre o tras una enfermedad, ella sentía que en aquel amor había puesto lo irremediable.

Cruzó la calle de la Farmacia para, por

la de Hortaleza, coger la cuesta de Santa Bárbara, y de pronto dióse de manos a boca con Nino Bard, que venía desempedrando las calles con su fantástico atavío *azul Joffre*, de alto cinturón. Los dos se detuvieron; Nino, al ver la cara devastada de su amiga, los ojos brillantes de fiebre, hundidos en las ojeras moradas y la boca crispada, adivinó una tragedia, y como además estaba en antecedentes de la marcha de Kind, interrogóla con aquella afectuosidad de chiquillo frívolo y bueno a un tiempo:

—¿Qué te pasa, Clara, nenita, que parece que vienes de enterrar a alguien?

Estaba tan vencida, sentíase tan incapaz de toda ficción, que no tuvo fuerzas para disimular y confesó:

—¡Si vieses qué triste estoy, Nino, me tendrías lástima!... ¡He acabado para siempre con Kind!

El pintor trató de consolarla:

—¡Bah! ¡Ya será algo menos! Siempre estáis jugando al rompimiento.

Descorazonada gimió más que dijo:

—¡Esta vez es para siempre! Se va y me deja, Nino, me deja... ¡Con lo que yo le quiero!

Era tan honda la pena, tan dolorida la voz, había tal devastación en aquel rostro, la vejez había moldeado de una manera tal su caricatura sobre la clásica carátula, que Nino Bard sintióse realmente emocionado. El dolor verdad tiene eso sobre las tragedias peripatéticas y las explosiones dramáticas, que la persona víctima de ellas, al olvidarse de sí misma, al perder lo teatral para convertirse en una pobre bestia dolorida y cobarde, despierta la simpatía de todos. El pintor dejóse llevar de una súbita ternura.

—¡Clarita, mujer, no seas tonta! Si los

hombres somos una porquería y no vale la pena de que una mujer de tus méritos se ponga así por ninguno... ¡Si con lo guapa que eres tendrás todos los que quieras!... Vamos, tonta, no te apures porque se marche el faraute de Kind... Ya verás lo que nos vamos a divertir tú y yo... Mira, no almuerzo contigo, porque lo hago en el Ritz con la momia de la duquesa D'Aurevilly, pero a las tres .. Recapituló. No, tampoco... imposible... A las tres tengo una *curse* de auto que hacer con la loca de Paca Campanada y dos energúmenas amigas suyas, un horrible truco de locas... *la barbé, ma chere*... pero a las siete estoy en tu casa y me paso la *soaré* allí, verás cómo te consuelo, chiquita... te contaré cosas... Sé un chisme nuevo.

Luego despidióse con grandes extremos. Era tardísimo y aquellas perdidotas capaces de comer sin él... Tiró cada cual por un lado,

y ya en la esquina Nino Bard se detuvo a contemplar a Clara, que doblada al peso de su pena parecía haber recorrido en unas horas muchos años de vida. Conmiserativo murmuró:

—¡Pobre Clara! ¡Qué vieja está!



IV

Donde Medea llora la partida de Jason

RENDIDA de cansancio y vencida de tristeza, llegó Clara Navacerrada a su casa. Todo parecíale feo, vulgar y uniformemente gris. Por primera vez en su vida miraba pasar las horas con una sensación que tenía de espanto ante la rapidez vertiginosa con que le acercaba a la vejez y de cansancio infinito ante la pausada y monótona lentitud con que caían los minutos en el horror del reloj del tiempo. Pensaba con espanto «¡cómo corre la vida!» y a la vez los momentos se le antojaban interminables Desde aquélla fatal,

las horas transcurrían pardas, iguales, monótonas, sin ternura y sin emoción para ella. El amor habíale enseñado la mentira de la ambición y el desengaño el espejismo del amor. Y Clara veía con angustia la uniformidad abrumadora de su futura vida, vacía de objeto y de pasión y al mismo tiempo sentía miedo de perderla, pavura ante el solemne misterio de la muerte. Sin fe, sin amor, sin gloria y sin dinero, su existencia sería desde aquella fecha nefasta una cosa ruín y miserable que se arrastraría cuesta abajo hacia un abismo negro, frío y tenebroso.

Todas las cosas que de común éranle tan gratas, todos los varios polícromos matices que integraban el mosaico de su vida, la casa arcaica y noble como una vieja residencia señoril, la nota de pintoresco españolismo hecha para realzar su belleza dorada de gitana de leyenda, el cenáculo artístico en

que se refugiaba como en un suave guateado capaz de defenderle de los violentos contactos exteriores, parecíanle ahora cosas indiferentes, enfermas de una monotonía abrumadora.

Su primer impulso fué dejarse caer sobre el diván y allí, abandonada a su pena, llorar, llorar hasta agotar el caudal de llanto para siempre. Pero no, tampoco; ni aun aquel consuelo le era permitido. Llorar era destruir la sabia obra con que el arte de los afeites disimulaba las traiciones de la Naturaleza. Llorar era ser fea, vieja, miserable, y ¿quién sabe?; tal vez Kind, arrepentido, volvería aún; tal vez sintiera lástima de ella; quizá (¡era cobarde hasta la bajeza!) Lola Churruca pensaríalo mejor y no querría cargar con la responsabilidad de aquel chiquillo... Pero en todo caso, aún quedaban sus amigos, aún esperaba de un momento a otro ver entrár-

sele por las puertas a Paca Campanada, turbulenta y atrabiliaria, toda consternada, lanzando gritos de horror; o a Julito sonriendo escéptico y diciendo cosas desencantadas y crueles; o a Nino Bard hablando de la tristeza de Salomé, del dolor de la Reina de Saba, al abandonar la Corte del Rey Salomón, de la poética melancolía de Ofelia buscando la muerte entre las adelfas del lago. Y todo esto con música de Grieg, de Maldhelson, de Schuman o de Mozart.

Valerosamente, en un último y supremo esfuerzo de su voluntad, decidióse a esperar. Y comenzaron a caer los minutos, uno a uno, lentamente, pausadamente, en el reloj de la eternidad. Clara había entornado las persianas y luego sentádose de espaldas a la luz. No pensaba nada; su existencia entera estaba pendiente de los ruidos que le llegaban del exterior en una loca esperanza de no sé qué

milagro. Cada vez que un coche o un auto se paraba cerca, dábale un vuelco el corazón y aguardaba palpitante de angustia, pero pasaba el tiempo y ¡nadie! Así, con una lentitud abrumadora, corrieron las primeras horas de la tarde y comenzó a anochecer. Acercábase la hora en que el tren partiría alejándole para siempre; no venía sér humano a consolarla, y Clara sentíase agonizar en la abrumadora tristeza del cuarto que se sumía en las tinieblas.

Obscureció; Clara con un esfuerzo púsose de pie y fué al balcón. La calle, lejana y poco frecuentada, envolvíase en luz violeta y que se iba extinguiendo poco a poco interrumpida a trechos por la amarillenta claridad de un mechero de gas. Una pareja enamorada—un chulillo y una modista por las trazas—paseaban diciéndose ternezas. La Navacerrada les vió cruzar una vez, dos, tres, cuatro, ciento...

Tiritaba de frío y sus dientes castañeteaban, mientras las manos crispadas se cogían a los cortinajes del balcón. ¡Ahora era la hora en que partiría el tren! ¡Un coche!... Fué como una luz de esperanza. ¡Kind! ¡Kind! Se lo decía su pobre corazón que brincaba enloquecido... ¡Nada! Su corazón había mentido una vez más.

Entonces su energía desplomóse. Sin esperanza ya, sentíase morir. Todavía quedábale un deseo, no envejecer, no ser fea y ridícula... Nino Bard iba a llegar ahora y, aunque su buen natural triunfaría al verla sufrir, al día siguiente y ya lejos de ella su amor a los chismes podría más que su voluntad... Pero así no era posible seguir. Helada, sin fuerzas para tenerse en pie, llegaría un momento en que los nervios le harían traición.

Refugióse en la alcoba. El lecho muy grande y muy bajo con honores de diván orien-

tal, el dosel de bordados crespones que daba al recinto un aspecto misterioso de pagoda y, sobre todo, la luz velada por espesas pantallas de color eran propicios al disimulo. Acostóse, pues, y ya cubierta de encajes, apoyada en alta pila de almohadas, siguió la espera.

Nino no llegaba. Pasaba el tiempo sin traerla un consuelo ni un auxilio. ¿Habríale aquél hecho traición también?

Al fin sonó un campanillazo. ¡Nino! Tampoco. Entró la doncella llevando en una bandejita de Talavera una carta. Clara reconoció la letra. Era de Julito Calabrés. Leyó:

«Clarita, monina, *ma chere*; ¿nos vas a perdonar?... La grandísima loca de Paca Campanada da una *serata* para presentarnos una amiga suya que abandona la esquina de la calle del Gato para dedicarse al arte. Va a

ser algo *very smart.* Nino Bard nos ha ofrecido bailar una danza inédita, «Narciso enamorado». No quería el pobre chico abandonarte, pero le hemos convencido de que en cuanto lo sepas vendrás tú también. ¿Pero es posible, chiquilla, que estés triste porque el *vieux chemeaux* de Loca Churruca cargue con el alma de cántaro de Kind? Si lo que debías hacer es bendecir a los hados propicios que te libran de él, y señalar con piedra blanca en tu vida esta fecha fausta. Anímate, en vez de posar de Dido vente aquí, y así, Tadea Arias será la única nota un poco española que habrá. Todos te hacemos mil mimos y carantoñas y te decimos ¡ven!»

Al concluir de leer Clara dió un suspiro de descanso. No vendría nadie a profanar su pena con curiosidades indiscretas y conmiseraciones vejantes. Y como si un resorte se

distendiese, dejóse caer sobre las almohadas y rompió a llorar silenciosamente. Y en el misterioso recato de la noche lloró, lloró sin medida ni consuelo, lloró sobre las ruinas de aquel amor, que eran, a la vez, las ruinas de su juventud.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA TIPOGRAFÍA "LA ITÁLICA"
EN MADRID A V DÍAS DEL
MES DE MAYO
DE MCMXVI
AÑOS



